

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Elisabet y María – encuentro de dos madres destacadas

“El ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan... E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto”. Lucas 1:13, 17

“El ángel (Gabriel) le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús... Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril”. Lucas 1:30-31, 36

Desde hace mucho tiempo, el enfrentamiento o la colaboración entre jóvenes y mayores es objeto de investigación bajo la palabra clave: «Brecha generacional». Sin embargo, entre los creyentes también existe el mismo problema: se puede buscar y crear una relación de confianza, o se puede distanciar el uno del otro.

El breve relato del encuentro entre Elisabet y María en el evangelio según Lucas nos presenta, de manera ejemplar,

la colaboración bendita de dos mujeres que temían a Dios, ya que la instrucción no es solo cosa de hombres; la enseñanza del apóstol Pablo en Tito 2:3-5 nos lo aclara.

Cada una de estas futuras madres se hallaba en una situación excepcional: Elisabet, “ya de edad avanzada” (Lucas 1:7), no esperaba quedar embarazada. Cuando se enteró de que daría a luz un hijo, se recluyó en casa por cinco meses (cap. 1:24). María, muy joven y recién comprometida con José, lógicamente tampoco esperaba estar embarazada, ya que aún era virgen (cap. 1:27). Pero el ángel Gabriel se le apareció para comunicarle un mensaje extraordinario: ¡Ella sería la madre del Mesías, el Libertador anunciado tantas veces en el Antiguo Testamento!

Una actitud humilde y piadosa

Lo que Elisabet y María tuvieron en común (aparte de las circunstancias particulares de la concepción) fue una reacción piadosa frente a su embarazo, que era obra de Dios. Ambas vivían en comunión con Dios y le atribuyeron su inesperada maternidad.

Elisabet reconoció con gratitud: “Así ha hecho conmigo el Señor”, para quitar mi afrenta entre los hombres (cap. 1:25). María respondió al ángel con humildad y gran confianza en Dios: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra” (cap. 1:38).

La actitud espiritual que se muestra en las palabras de estas dos mujeres no «creció» de un momento a otro. Es necesario tomar una decisión individual de seguir al Señor Jesús, mucho antes de pensar en ser madre (o padre). Elisabet y María nos motivan a seguir su buen ejemplo.

María visita a Elisabet

Después del anuncio del ángel a María, la continuación lógica parece casi evidente: que María fuera a visitar a Elisabet. Pero, ¿se le había ordenado hacerlo? El ángel solo le había informado que Elisabet también estaba embarazada. Obviamente, para María esta noticia equivalía a una orden; sintió la necesidad de visitar a su parienta (quien era mucho mayor que María) y pasar algún tiempo con ella.

La enseñanza que surge de este contexto es: ¿Sentimos el mismo deseo de tener comunión con nuestros hermanos en la fe? ¿Nos damos cuenta de que visitar a una hermana es de gran bendición si nuestro objetivo es hablar sobre temas espirituales? Vale la pena compartir con una hermana, apoyarla, y mejor aún si ella tiene más experiencia (por ejemplo en cuanto al embarazo, al compromiso, al matrimonio, etc.). Mirándose con envidia desde la distancia no sería de bendición ni de provecho para ninguna de las dos.

Compartir para la gloria de Dios

Es notable ver la parte de la conversación de estas dos mujeres que fue conservada en la Palabra de Dios. Cuando se encontraron, no se pusieron a hablar sobre las molestias del embarazo o la preparación para el parto; al contrario, empezaron alabando a Dios. Con sus palabras inspiradas por el Espíritu Santo (cap. 1:42-45), Elisabet preparó el camino para que María adorara a Dios (cap. 1:47-55).

Así, el encuentro de estas dos madres nos enseña una tercera lección: sus circunstancias excepcionales no estaban por encima de su relación con Dios. Esta relación era la base de su comunión y conversación (que seguramente incluyó temas prácticos respecto a lo que vivían). Recordemos que

nuestra relación con Dios debe ser el fundamento de cualquier intercambio (entre hermanas, pero también entre hermanos).


Una conclusión exigente

El ejemplo de Elisabet y María nos muestra que una actitud piadosa y humilde, que en todo da la gloria solo a Dios, allana el camino a otros. Así, tal actitud hace posible la comunión, una comunión que realmente glorifica a Dios y redonda para la bendición y el beneficio mutuo.

El desafío para las hermanas jóvenes, sean o no sean madres, ¡es buscar la comunión con hermanas mayores! Alégrese de que ellas estén varios pasos adelante, así les pueden dar consejos importantes para la vida en la fe y para las cuestiones que se plantean en la vida cotidiana.

Y las hermanas mayores también tienen el desafío de responder con sabiduría y relevancia las preguntas de las hermanas más jóvenes. “Las ancianas... que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada” (Tito 2:3-5).

F. Peters

PARA TODOS EB	Suscripción gratuita, escribir al editor:
	Ediciones Bíblicas PARA TODOS 1166 Perroy (Suiza) paratodos@ediciones-biblicas.ch
	Impreso en Suiza. Publicación mensual.
Lea el texto del calendario “La Buena Semilla” en la página web http://labuenasemilla.net .	
Aplicación para móviles con este código o en la página web http://app.labuenasemilla.net .	